

# CRUZANDO EL MERIDIANO



# CRUZANDO EL MERIDIANO

TECNOLOGÍAS EN EL ESPECTRO

*by*

*Federico Amigone*

Your Publisher

Copyright © 2020 Federico Amigone

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition, 2022

ISBN zzzzzz

Published by Your Publisher

# PREFACIO

L OREM IPSUM DOLOR SIT AMET,



# CONTENTS

<i>Prefacio</i>	iii
<i>¿Qué significa programar?</i>	I
<i>Cómo fabricar un niño autista</i>	4
<i>Neurodivergentes somos todas y todos</i>	8
<i>Niño salva al mundo</i>	13
<i>Para el Mercado</i>	18
<i>Todo lo autista es político</i>	23
<i>Cruzando el meridiano</i>	28
<i>Arquitecturas abiertas</i>	31
<i>Reingeniería de la Identidad</i>	35
<i>El Profesional Divergente</i>	40
<i>Cómo nos dominan</i>	46
<i>Dioses en el espectro</i>	50
<i>Religión Universal</i>	53

*¿Qué ves cuando los ves?*

55



## CHAPTER I

# ¿QUÉ SIGNIFICA PROGRAMAR?

**N**IÑE ME ABRAZA. En ese acto revolucionario que vence la distancia siento la proclama de una victoria sobre la ilusión de mi Yo. Donde había vacío hay ahora una interfaz que transmite el más denso de los flujos, una frontera invadida de tibios contactos que inauguran la fiesta de terminales epidérmicas sensoras y danzantes. Bits del alma fluyendo por la interfaz. En esa silente estrechez estalla con un ruido sordo un festival de signos que las mamás y papás sabemos decodificar muy bien. Ese abrazo habla.

Todo está codificado. El lenguaje de un abrazo. Lo que llamamos conducta, el juego que teje el deseo de la mano de su alter ego, el miedo. Todo es código y mensaje y gramática y nada hay fuera del texto. Sólo que devenir adulto es olvidar. Envejecer es dejar de ver que el código siempre estuvo ahí. Ese tan adulto conjunto técnicas de gobierno, sistemas de símbolos y parámetros de normatividad que denominamos Sociedad, lleva años entrenando nuestra subjetividad para clasificar las codificaciones inscriptas en el cuerpo en viejas y heredadas narrativas. Narrativas que terminamos denominando “verdades”. Para un niño

todo es posible, porque ellos y ellas aún pueden ver el código, todavía recuerdan que todo está para reescribirse.

Pero claro, en tanto el tiempo avanza y la normatividad opera, vamos olvidando las gramáticas del afecto y la ternura así como aquellas que producen el disciplinamiento y el control de los cuerpos. Como dice Paul B. Preciado, somos colectivamente el efecto del borrado sistemático de saberes subalternos sobre el cuerpo. No es que no queramos o no podamos, es solo que, el tiempo y la norma con su fuerza centrífuga, nos va expulsando de ese recuerdo primigenio: somos cuerpos codificados, superficies de inscripción vivas investidas de viejos discursos. La Sociedad es una hábil programadora que oculta las huellas de su producción gramatical.

Hasta que claro, llega esa persona bajita, y con un simple acto de espontaneidad somete la diferencia y la distancia y el silencio para recordarnos que donde hay límites hay interfaces que los disuelven, que donde no media la palabra, caen las narrativas y emergen los cuerpos. Que un niño autista en un solo acto de ternura decodifica la norma clínica y reclama para sí su derecho a la vida. Nos recuerda que las categorías nos las inventamos nosotros y que podemos revelarnos de su tiranía si decidimos volver a codificarlas.

Vivimos hoy una transición del capitalismo material hacia el capitalismo cognitivo. El pueblo se chica y la deuda se agiganta. El capital viaja a la velocidad de los bits y su carrera necrófila solo entiende un parámetro: la rentabilidad sobre la inversión, nada más importa en ninguna dimensión personal o pública. Todo deviene capital, no solo el dinero, también los saberes, la experiencia, el arte, los cuerpos, los humanos y las humanas. Y si todo es capital, todos somos empresarios y empresarias de nosotros mismos. Luego, quedarse fuera del sistema, es culpa del que fue mal Director Ejecutivo de sí mismo. La conclusión neoliberal está ahí: ese niño quedó afuera porque invirtió mal el único capital que tenía, su cuerpo.

Bajo el imperio de esa razón neoliberal nos preguntamos, ¿cuál será el lugar de nuestros niños neurodivergentes? Entre tanta pulsión de

muerte y futuros distópicos, entre tanto desempleo proyectado y achicamiento del soporte a los derechos que las minorías proclaman para sí, nos preguntamos ¿quienes codificaron este perverso programa planetario? Pero esta pregunta equivoca su sentido último... quizá lo importante sea preguntarnos cuál es la gramática de esa oscura codificación, sobre cuáles cuerpos se inscribe y que subjetividades produce.

¿Qué es programar? La programación comienza por entender que todo está codificado y que venimos al mundo inscriptos en una trama de sentido previo. Que el código lo escribió alguien y que otras y otros pueden modificarlo. Cualquier programadora o programador sabe que ningún código es inmutable. Los programadores tampoco somos ingen-uos, sabemos mejor que nadie que una reversión de la biocodificación sólo es posible si se domina la gramática del poder. Es cierto que poco sabe el pez del agua en la que nada toda su vida. Es cierto que el código ya estaba en este mundo cuando nacimos. Pero eso no significa que no podamos empezar a recordar... recordar cómo leerlo.

Un niño neurodivergente con el que tengo el privilegio de programar habitualmente, lo comprendió pronto. El cambia las historias y narrativas que programamos en la computadora por otras que le resultan más divertidas y apropiadas. A veces me pregunto, si acaso podríamos hacer lo mismo con el mundo donde vivimos.

## CHAPTER 2

# CÓMO FABRICAR UN NIÑE AUTISTA

**S**I USTED DESEA CONSTRUIR UN SUJETO AUTISTA, no deberá más que seguir las siguientes instrucciones. Las mismas son replicadas con muchísimo éxito miles de veces cada día en el globo terráqueo, de manera que confiamos en que si las sigue al pie de la letra, en poco tiempo tendrá su niño autista correctamente fabricado. Comencemos.

En primer lugar, necesitará una herramienta de apuntamiento. Este dispositivo es muy caro si desea adquirirlo en una tienda ortopédica, pero felizmente podemos ensamblar uno fácilmente (y aún más importante... gratis) con nuestro cuerpo. Veamos: cierre el puño con firmeza dejando solo su dedo índice extendido. Ahora colóquelo en posición paralela al suelo, extendiendo su brazo en el mismo acto. Bien! ya cuenta con un dispositivo biónico de señalamiento activado. El siguiente paso es acercar el dispositivo a la frente de cualquier niño (cuidé de no pinchar un ojo a nadie, la Normatividad Hegemónica no se hace responsable en caso de accidentes, faltaría más). Búsquelo, da igual cuál niño escoja ya que lo importante para construir un autista nunca es niño sino el proceso social que lo fabrica. Muy bien, ¿ya lo tiene? no deje de apuntarlo ni permita que se mezcle en la multitud, eso sería terrible. Excelente

entonces, el primer paso se ha superado con éxito, pero no se relaje, esto recién comienza.

La personita que usted ha seleccionado aún no califica como autista, pero no desespere, sabemos lo que hacemos. Lo que usted ahora necesita es munir a niño de un conjunto de prótesis político-ortopédicas aprobadas por la Norma. Para ello, comience acudiendo a su tienda clínica-ortopédica de cabecera sin más demora. Allí deberá adquirir, en primer lugar, un pedido médico psiquiátrico escrito. De acuerdo, puede parecer confuso porque estamos construyendo un autista y no un enfermo, pero está comprobado que quienes se saltean esta prótesis, no obtienen los resultados esperados. ¿Ya la tiene? ¡Excelente!

Cuando haya obtenido la prótesis médica denominada Pedido Psiquiátrico, usted estará habilitado/a la siguiente instancia ortopédica decisiva, hablamos del Dictamen del Tribunal Supremo de Discapacidad. Sabemos lo que está pensando... ¿Un tribunal? Sí de nuevo es un poco confuso atendiendo a que estamos construyendo un autista y no un delincuente. ¿Por qué entonces necesitaríamos una inspección física de un jurado de notables si hasta donde sabemos niño no ha robado nada? Seremos sinceros... nadie lo sabe, pero no nos enredemos en detalles: recuerde que lo importante aquí es obtener los instrumentos ortopédicos que nos permiten fabricar a niño autista. ¿Cómo dice? ¿Que le asusta llevar a niño a una inspección física de un Tribunal Chamánico? Bueno, disculpe pero eso nos incomoda. Hasta donde sabemos, el Tribunal de Notables nunca se comió a ningún niño. (Sugerimos llevar un juguete en el improbable caso de que niño presente la inexplicable resistencia al violento acto de depositarlo para la examinación de un Tribunal.)

Si todo sale bien, el Tribunal desplegará su sapiencia inquisitiva sobre niño y con sus dispositivos chamánicos de lectura del ánimo arribará a una conclusión binaria: DISCAPACITADO o bien CAPACITADO QUE QUERÍA ENGAÑAR AL TRIBUNAL. (Felizmente son solo dos, ¿verdad? después de todo ¿quién quiere lidiar con la complejidad de las categorías múltiples? ¡El Modelo Médico Hegemónico lo hace fácil

pensando en su comodidad!) Cruce los dedos para que los sabios del Tribunal consigan ver la presencia de la Marca... y le asignen la primera categoría. Si en el proceso percibe que la decisión se complica, por favor, recurrir a nuestro Apéndice titulado “Comentarios pertinentes para reforzar la Marca de Discapacidad”.

Muy bien, lo logró! Confiábamos en que así sería, etapa superada. En este punto, usted ya obtuvo la prótesis médica del Pedido Psiquiátrico y el Dictamen del Tribunal de Notables Chamanes. Ahora nuestro proceso de construcción nos depositará en un frente un poco más caliente... las Obras Sociales y empresas de Salud Prepaga. Sí, sabemos que a nadie le gusta lidiar con abogados y cartas documento, pero para ahorrarle sorpresas, le contamos un pequeño secreto: Las Obras Sociales y Prepagas no están allí para asistirlo en sus gastos médicos y paramédicos, sino para desarrollar su carácter. ¿No es magnífico? Quieren que usted saque ese adulto batallador y amenazante, capaz de encadenarse al picaporte de un juzgado de familia si es necesario. No, no es que su niño no necesite apoyos particulares, es solo que, si las Obras Sociales tomaran esos dispositivos ortopédicos que adquirió en los pasos anteriores y le creyeran a las instituciones médicas y tribunales de salud intervinientes... pues no sería divertido. ¿Verdad? Así que relájese, consiga un buen abogado, y prepárese para la guerra. Cuando por fin un juez de primera instancia falle a su favor y si aún no se volvió loco o loca, por favor, pase al punto siguiente.

En este punto, usted ya obtuvo la prótesis médica del Pedido Psiquiátrico y el Dictamen del Tribunal de Notables Chamanes y el visto bueno de su Obra Social amiga. ¡Muy bien, ya puede frotarse las manos porque es momento de encontrar un Centro de Rehabilitación Neurológico! El problema es que no suelen haber muchos... aún en las ciudades grandes. Así que levántese de ese cómodo sillón y ponga manos a la obra. Puede comenzar por el listado de Centros de Rehabilitación que su obra social le suministró, pero digámoslo rápido, cuando llame a esos centros, sucederá algo muy gracioso: le dirán que no es cierto que ellos trabajen con su Obra Social! Sucede que a veces los profesion-

ales de los Centros de Rehabilitación no reciben sus reintegros y se ven obligados a suprimir turnos de “pacientes” de esa Obra Social. Sí, es un mundo complejo. Pero por suerte para usted, tiene este maravilloso tutorial ¿verdad? ¿No lo hace sentir eso mejor? Claro que sí!

Cuando haya obtenido la prótesis médica del Pedido Psiquiátrico, el Dictamen del Tribunal de Notables Chamanes, ganado la guerra a las Obras Sociales y conseguido el ingreso a un Centro de Rehabilitación Neurológico aceptando horarios estrafalarios para llevar a niño a las terapias, es momento de felicitarlo porque ha concluido el proceso constructivo!

Ha sido un largo camino y sabemos que puede haber sido difícil para niño y para usted recorrer los caprichosos pasillos de la arquitectura clínica social... quizá hasta se pregunta por qué razón la Sociedad lo hace atravesar estas experiencias. Podríamos contestarle que el Dispositivo Autista no es una condición esencial sino el producto de un proceso social y político de discapacitación. Pero le diremos algo mejor: relájese, puede decir con orgullo que usted ha fabricado un niño autista.

## CHAPTER 3

# NEURODIVERGENTES SOMOS TODAS Y TODOS

RECUERDO CON DISFÓRICA CURIOSIDAD la consternación ajena que produjo en algunos ciudadanos argentinos el plan gubernamental Conectar Igualdad del año 2010. Se trataba de un modelo 1 a 1, esto es, una computadora por cada estudiante. Una computadora en manos de niño... ¿pero a quién se le ocurre? Tal consternación abriga en su interior la certeza de que un recurso tan valioso distribuido de forma tan igualitaria no podría ser sino un acto de completo despilfarro populista.

Sin embargo, ese acto de pedagogía radical tuvo como efecto la demostración empírica de una novedad sorprendente: los niños pobres también podían acceder al dominio de la técnica. Ese acto puso en tensión una de las falacias neoliberales que operan en las infancias según la cual todas y todos los jóvenes actuales son nativos digitales. Tal afirmación tiene peligrosas derivas, como la de creer que habilitar a los y las estudiantes jóvenes el acceso y comprensión a los dispositivos tecnológicos es un exceso innecesario porque todos los niños ahora “nacen sabiendo”. No, no nacen sabiendo. Nadie nace sabiendo. No existe el nativo digital.



El dominio de las técnicas que ordenan la realidad tal como la percibimos requiere de un proceso de apropiación mediado por didácticas y dispositivos específicos, los cuales, por supuesto, no faltan en las escuelas y colegios a los que las élites envían a sus niños. La comprensión del mundo tecnologizado que vivimos, requiere dedicación, recursos, tiempo y pedagogías radicales. Quien afirme lo contrario, probablemente esté defendiendo privilegios de acceso al dominio de la técnica por parte de clases acomodadas en detrimento de sectores populares, minorías subalternas, infancias en el espectro autista.

Planteemos una pregunta más radical. ¿Quién tiene derecho al dominio de la técnica? ¿Solo los autodenominados neurotípicos? Si le preguntamos a la Clínica, la respuesta parece ser sí, solo los “neurotípicos” tienen ese derecho. Por lo menos, hasta donde sabemos, el sistema de cobertura de salud no cubre “terapias” que transiten el acceso al conocimiento tecnodigital y la sola idea resulta un exceso empalagoso en los normativos paladares de las administraciones contables de salud. Resulta por lo menos curioso, sin embargo, que no suceda lo mismo con las terapias equinas. ¿Por qué esta asimetría? ¿Por qué el acceso al conocimiento que permite la comprensión y la transformación del mundo y que mejora las perspectivas de empleabilidad no tiene una rampa de acceso para las infancias en el espectro autista?

El cuerpo discapacitado es uno al que la Clínica tempranamente supo que no podía proponerle opción de cura y por eso, el concepto de Discapacidad surge como producción de un aparato disciplinario que demarca la diferencia y la sustrae para cuidar la reproducción del cuerpo sano nacional. La noción de Discapacidad es una noción cultural e históricamente construida. Sus tramitaciones y agenciamientos no se pensaron desde las coordenadas de la neurodiversidad, sino como consuelos paliativos a la inevitable segregación. La Clínica no está pensando en abrir el mundo al tránsito de lo diverso, sino en decorar con dudoso gusto decimonónico las habitaciones donde depositamos el cuerpo divergente.

Ahora, formulemos la misma pregunta al Modelo Social. Modelo Social, dínos ¿Quién tiene derecho al dominio de la técnica? Tapen sus oídos porque la respuesta será atronadora: todas y todos. Los niños neurodivergentes también. El Modelo Social busca, en forma inversa a las categorías de la Clínica, adecuar la Sociedad al neurodivergente. De acuerdo, suena mejor, como una dulce y esperanzadora melodía. Quizá demasiado esperanzadora, porque el problema aquí es la inquietante falta de señalamientos concretos para producir ese cambio hegemónico. ¿Cómo? ¿Por dónde? El problema es profundo.

Para empezar, bajo las derivas del Modelo Social, asistimos a la emergencia de un nuevo binario en la ontología existencial de este capitalismo tardío, una nueva línea de frontera dicotómica que clasifica y separa el universo neurológico en dos: el grupo de los neurotípicos y el grupo de los neurodivergentes. Somos casi 8 mil millones de personas pero solo las hay de dos tipos. El binario siempre está ahí para construir falsas representaciones, exageradas simplicidades y fundamentalmente, una jerarquía de dos niveles que todos y todas conocemos: Hombre/Mujer, Bueno/Malo, Blanco/Negro, Cielo/Infierno, Civilización/Barbarie, República/Populacho, etc, y ahora, Neurotípico/Neurodivergente. Siempre el nivel superior se impone a su némesis estableciendo una red de sentido que habilita a la dominancia del subalterno. El binario siempre simplifica en nombre de la naturaleza, y en consecuencia siempre construye sentido totalizador.

Rechazamos la ontología del neurotípico. ¿Dónde están? Jamás conocimos a ninguno. A la mayoría de las personas nos hacen falta pocos minutos de conversación con un autodenominado neurotípico para tomar contacto muy rápidamente con su singularidad irreductible y a nuestro interlocutor le sucederá lo mismo. En pocos minutos emergerá esa diferencia que buscamos disolver en la ficción de la tipicidad: Los ansiosos de su propia muerte, los panicosos de la vida, los fóbicos del borrado de su imagen en el espejo, los obsesivos de su levedad sexual, los compulsivos del reconocimiento hablante, los pirómanos de oficina, los traumatizados por el abandono del niño que supieron ser, los asesinos

mentales de sus jefes, los domadores de hijas e hijos, los vividores del mandato paterno, los que mueren la muerte del mandato materno, los postraumáticos del estrés, los estresados del pre trauma. Todas y todos estamos ahí, habitamos nuestra diferencia en secreto y soledad. ¿Quién tirará la primera piedra de la autoproclamada neurotipicidad? ¿Quién se animará a hacerlo frente a nosotros?

La ficción naturalizante del paradigma neurotípico es funcional y funciona. Nos tranquiliza saber que somos un producto natural del agenciamiento de la reproducción del cuerpo sano nacional. Nos deja del lado de la línea de frontera más cómoda, al abrigo de las tormentas de la segregación de lo distinto. Las lógicas de producción y de servicios de los mercados de trabajo agradecen la instalación de la ficción naturalizante del neurotípico porque de esa forma trabajo sucio ya está hecho, y lo hizo la sociedad misma descartando lo diferente. Al neurotípico se opone su binario neurodivergente. Claro, divergente significa distinto. Si yo soy lo típico, el Otro es el diferente. La construcción de una identidad se alcanza siempre a través del rechazo a un Otro. Pero la ficción naturalizante del neurotípico no resiste la más mínima revisión. Como decía Althusser, cada uno de nosotros (y nosotras) somos un accidente contingente en el campo del lenguaje. Todos y todas somos neurodivergentes porque todos y todas primero somos.

En nuestra sociedad, un fragmento de la población, utiliza la fuerza del binario como un escupo político para sostener accesos de privilegio a la toma de decisiones, a la empleabilidad y a todo el horizonte pensable de la función social. Los neurotípicos proclaman su existencia al mundo sin sonrojarse ni por un segundo. Esa proclama arroja a minorías subalternas a una posición de subalternidad desde la cual pareciera no poderse construir ninguna estrategia de salida. Lo que resulta evidente es que cualquier estrategia de ruptura a la tiranía neurotípica debe partir por el señalamiento de la condición ficcional de esa categoría. Oigan neurotípicos, somos una ficción política, un invento clínico, una proclama que solo tiene sentido en la red de símbolos, discursos y metonimias que se repiten como mantras budistas

desde las instituciones. El primer paso para cualquier estrategia de empoderamiento de las minorías que se saben neurodivergentes es, sin duda alguna, el rechazo de la ficción política del neurotípico.

Paul B. Preciado, acierta plenamente cuando dice: «Lo que existen son un conjuntos de epistemes, paradigmas jurídicos, regímenes políticos, que permiten que cada sujeto acabe generando una ficción de sí mismo. Ficciones políticas, cuya fuerza es tan densa que adquieren solidez somática, es decir, se acaban escribiendo en el cuerpo y acaban tomando la forma de la subjetividad. La ficción no queda en la mente... la ficción se inscribe en el cuerpo.»

La comprensión del mundo neurológico por fuera de la lógica binaria nos invita a preguntarnos por las relaciones de poder que se han urdido bajo el paradigma capacitista. En este capitalismo líquido, pensar el reparto del poder tiene mucho que ver con pensar el acceso a las capacidades de producción tecnológica. La tecnología media la mayoría de las dimensiones del relacionamiento y la función social. Todas y todos los neurodivergentes tenemos derecho a comprender cómo funciona la tecnología. Todas y todos los neurodivergentes tenemos derecho a adquirir habilidades en la comprensión de la programación. Todas y todos los neurodivergentes tenemos derecho al dominio de la técnica para no ser sujetos de dominación. Todas y todos tenemos ese derecho porque todas y todos somos neurodivergentes.

## CHAPTER 4

### NIÑE SALVA AL MUNDO

NIÑE SE PREPARA. Sabe que los siguientes 15 minutos serán muy importantes. El futuro de la raza humana depende de él, porque por primera vez, la humanidad tendrá un arma secreta para combatir una invasión zombie. Niñe va a programar un detector de zombis. Se trata de un programa que hará una pregunta al usuario y determinará con toda la precisión que la tecnología puede ofrecer y lógica matemática sustentar, si el usuario está por convertirse en zombi o no. Excelente, nada mejor que salvar al mundo un lunes por la tarde.

Revisamos los últimos detalles... los esquemas operativos se ven bien. Tenemos claro cómo construir nuestro detector ya que niñe primero aproximó un diseño con diagramas del código, algo así como un boceto a mano alzada, el cual incluye el dibujo de un zombi pintado con lápices de colores, que por cierto luce temible y devela su carácter de líder de la horda. Sus manos ya flotan sobre el teclado, se concentra, no está nervioso. Yo en cambio, comienzo a sentir la contracción muscular como unas huesudas manos zombis cerrándose en mi cuello. Ya hemos salvado al mundo antes (bueno lo confieso, a veces fallamos y vampiros o marcianos se apoderaron del planeta tierra). ¿Por qué no me relajo? ¿Notará mi tensión? ¿Qué significa el resultado de esta experiencia?

Niñe comienza a programar. Primero declara una variable... sabe que es importante otorgarle un nombre representativo. Bien! niñe acierta allí donde muchas veces he fracasado en el apuro por correr la infinita carrera de la producción semiótica digital. Prosigue con calma pero intentando capturar de reojo alguna expresión de desaprobación o alerta de mi parte. Atento a esto, intento no expresar nada pero, sé que es imposible dejar de comunicarse, aún en el silencio. Escucho el fuerte sonido de las teclas presionadas por sus dos dedos índice y me suenan a maravillosos golpes de martillo del mismísimo Sauron en el Monte del Destino, forjando su anillo del poder. Y es que en mi sentir, eso es lo que estamos haciendo, forjando un destino diferente al que la norma neurotípica nos ha asignado. Empoderandonos a martillazos digitales en el campo del lenguaje de las máquinas, esas fascinantes y peligrosas creaciones humanas que hoy nos gobiernan y que, como dice la bella Dona Haraway, están inquietantemente vivas y nosotros aterradoramente inertes. Tranquila Dona, aquí niñe está en movimiento.

La construcción del artefacto computacional continúa, el modelado de entidades luce bien. Niñe me mira y lo animo a continuar porque ese es mi rol, transmitir seguridad, acompañar con desregulada intervención la secuencia didáctica que toca hoy, intentando que transcurra suavemente en un lento fluir de su experiencia consciente. Busco que se produzcan estructuras cognitivas que testimonian la adquisición del saber. Niñe avanza a martillazos firmes en el Monte del Destino. Ya logró producir lo que los programadores denominamos “entrada/salida”, es decir, ha instrumentado la lógica necesaria para consultar al usuario de su programa (un soldado, para su gusto) si acaso tiene mucho dolor de panza, que como descubrí al preparar juntos la narrativa, aparentemente es síntoma insoslayable que anuncia la condición zombi. Me siento bien y lleno de confianza, pero quizá me esté apresurando inconscientemente con el anillo del poder. ¿Y si solo estoy creando para mi una ficción tranquilizadora?

Trato de concentrarme en la secuencia didáctica. Salvar al mundo de una invasión zombi no es cosa para a tomar a la ligeralo Ahora niñe

ingresa en la sección más compleja de nuestro detector de zombis... la construcción de una estructura de control alternativa que en lenguaje natural sonaría más o menos así: "Si al usuario expuesto al medio zombi le duele la panza entonces se convertirá en zombi. Sinó, pues no." Niñe debe traducir esa expresión de lenguaje natural al lenguaje que hablan las máquinas. Estoy siendo testigo de una dialéctica sincronizada entre las gramáticas biológicas y las del silicio. Pero la sola idea de pensar que ahora mismo niñe orquesta esa traducción de metalenguajes se siente como mirar al abismo y si se lo mira fijamente, el abismo devuelve la mirada. Mas tensión. Ahora soy yo quien mira de reojo a niñe para detectar algún dejo de duda. ¿Por qué hago eso? Me limito a esperar y observo. Niñe comenzó bien la declaración de la estructura de control alternativa pero empieza a dudar el tratamiento de la negación. ¿Por qué duda? ¿Estará dudando de mí? ¿De él? Doy un respiro hondo y por su aire afectado, deduzco que niñe comienza a sospechar que está perdiendo la confianza de su compañero de operaciones. Niñe se bloqueó en los fuegos de la forja del destino y el caudal de mi emoción se va evaporando en nubes de pesadumbre. Créanme, ahora no estoy feliz.

En medio de mi desorden emocional, el cual intento esconder detrás de una máscara de imperturbabilidad que no engañaría a nadie, me pregunto si educar es preparar a niñe para el medio social adulto. Mientras niñe espera alguna señal de auxilio para no fracasar en salvar al mundo este día, me pierdo en una tregua con la disciplina didáctica, lo necesito porque tengo miedo, no le quiero fallar. Siento que fallarle a niñe será fallarle a todos. Si educar es transformar a niñe en el conjunto de esas construcciones colectivas a las que la consciencia común atribuye valor entonces, será mejor que no equivoque mis coordenadas de referencia. Niñe se cansa de esperar una pista, me ve confundido... quizá me haya mordido un zombi, adulto caído. Qué más da, avanzará por su cuenta. Niñe siempre fue valiente, más valiente que yo.

Mientras se enreda en la construcción de la expresión lógica de zombis, yo continúo empantanado en mis temores. Pierdo un momento presente cierto y valioso y me transporto al futuro. Dicen los clichés

que la preocupación es la experiencia humana producida por el intento imposible de vivir un momento futuro. Claro, el futuro es inaccesible en tanto que es sólo posibilidad. Es cierto, intento vivir el futuro desde mi presente y ahora mismo, mientras niño busca apoyo en sí mismo porque perdió el mío, imagino un futuro aterrador donde nada cambie, donde el imperio de la ficción neurotípica siga firme y establecido. Imagino la continuidad de un presente que proyecta su sombra distópica y pienso ¿qué será de nuestros niños autistas allá, en el futuro? Que invadan los zombies ahora, siento que tendría más éxito con ellos. Maestro caído.

Pero desde un punto exterior a la bruma que invade mis pensamientos, una voz me rescata y me convoca de nuevo al presente. Es niño, que me informa que ha terminado su programa. Vuelvo al aquí y ahora para observar el código. Es bello, como su sonrisa. Comienzo a sentir una tibia emoción en mi pecho. Sigo surfeando mi registro emocional a través de la lectura de su pequeño y maravillosamente compilable código, son pocas líneas, pero muchas las olas del mar tormentoso de mis emociones, donde nuevamente empieza a brillar furioso el sol.

No nos equivocamos. A través de la historia han resonado repetidamente sonidos de la forja de diferentes destinos. Martillazos que comenzaron a retumbar para darle otra forma a la experiencia humana. Los más hermosos sonidos de cuerpos que se liberan de encorsetados arquetipos. Golpes de esa forja que llamamos devenir y fuego de metales retorcidos que nos han traído hasta este punto presente vienen a mí para recordarme que no necesitamos un mejor acceso a las ofertas del mercado de la discapacidad, sino estructuras colectivas de capacitación, oportunidades para demostrar que podemos y desplazamiento de los límites que el imperio de la neurotipia ha demarcado con paredes de cristal. Llegaron los días de constatar a martillazos sobre el teclado que tan reales son esas fronteras.

Me recupero, por hoy, de mi fragilidad. Una vez más, y a pesar de mis temores, niño me guió hacia la salida. En días como hoy me pregunto quién me enseña a quién. Lo felicito, pero no resulta suficiente. Niño ha salvado el mundo hoy y me ha salvado a mí, y aunque mañana habrá



nuevos desafíos, lo miro esperanzado mientras me recuerda que, en su opinión, ahora es momento de ir a jugar.

## CHAPTER 5

### PARA EL MERCADO

LA MADRE DE 7 ÚTEROS PARIENDO MERCANCÍAS, el nutricionista de los niños con hambre, la sopa en la que flotan las aspiraciones, el mariscal de todas las guerras, la tiranía de la libertad, la más grande de todas las instituciones, el ordenador de la conducta humana, la ficción de las ficciones, el arrasador de nuestras selvas, el contaminador de nuestros mares, el intoxicador de nuestros cuerpos, la mano que nos alimenta, el pié que nos aplasta, el gran segregador, el pisoteador de sueños, el guardián de la meritocracia, la mano invisible que tira de nuestros tobillos, el fabricante de deudas impagables, el inasible castillo en el cielo, la cama de clavos de los pobres, él, el productor de nuestros consumos, el Mercado, ese que llaman Mercado, tiene cuentas pendientes conmigo y aquí las voy a enunciar.

Niñe autista está en el mercado. En tanto niñe, transita una infancia de rockstar neurológico. Hipnóticas danzas de profesionales paramédicos giran en torno a niñe y su familia. A la increíble araña clínica, a quien confiamos su cuidado, le salen patas por todos lados: patas neurológicas, patas pediátricas, patas paramédicas, patas transportistas. Preocupadas direcciones escolares contactan a mamá y establecen un claro vínculo de apoyo y de tiernos cuidados. Así, nuevas madres funcionales y con recibo de sueldo son producidas por los aparatos institucionales:

la maestra integradora, la maestra de la clase normal, las inspectoras estatales que recorren distritos escolares para ofrecer miradas de supervisión. La maternidad, único rol legitimado por las sociedades heteronormativas para el diseño de la mujer en sociedad, alcanza un despliegue asombroso en la atención de las infancias en el espectro. El imperativo maternal de la sociedad misma. Es así que las personas ven a niño, saben que está allí, porque niño desempeña un rol estratégico en el mercado: es un consumidor de una industria enorme, la Industria de la Discapacidad. Y como consumidor bajito, le asisten todos los derechos de la más poderosa de las Instituciones: el Mercado. Niño es poderoso pero con un poder prestado que le será reclamado luego. El poder de los entramados comerciales, de las prestadoras de salud, de los servicios prepagos, de las auditorías, de los colegios profesionales, todas esos dispositivos tecnopolíticos se ensamblan durante un tiempo sobre el cuerpo de niño como tecnologías armamentistas de la cognición, para luego migrar a otros cuerpos más jóvenes y con más hambre de consumo de normalización.

Pero un día, no muy lejano, niño va a perder sus poderes técnico institucionales. Porque niño está creciendo y cuando lo haga, cuando devenga en adulta o adulto u otros, niño dejará de ser niño. Resulta un tanto perturbador notar que en ese quiebre temporal toda esa coreografía de cuidados neurodivergentes se esfuma como una gota de agua en la ardiente piel de una lagartija patagónica. Silenciosa pero consistentemente, en un momento del pasaje a la vida adulta de niño, la danza se detiene. Niño devenido y devenida en joven, deja de escuchar el sonido de las campanas en lo alto de las torretas clínicas. La coreografía se vacía de referencialidad y las madres de apoyos comienzan a atender a una nueva generación de neurodivergentes. Niño a crecido. Y como niño crecido ha perdido pié en el gran océano de su consumo. ¿Sabrá nadar?

El sentido de niño en sociedad se construyó orbitando la función social que cumplía mientras era un infante, cuando efectivamente era muchas cosas: autista, niño, ser humano, ciudadano, pero ante todo, Consumidor. Consumidor de servicios profesionales del mercado de

infancias en discapacidad. Cuando esa inserción social deja de tener sentido por el implacable avance del tiempo, la sociedad pierde el rastro del que fuera niño. Ya no hay instituciones de administración sanitaria discutiendo coberturas de niño en sus consejos de administración. Los abogados (de ambos lados) ya no libran batallas en su nombre. Ya no vemos a niño en las salas de esperas, tampoco en los parques, tampoco en las universidades neurotípicas. Niño se ha fundido en la superación dialéctica de sí mismo... un consumidor que ya no consume.

Soy un gran obsesivo compulsivo, ya lo saben. No es que no se me note tampoco. Una de mis obsesiones es preguntarles a las personas que conozco cuántos autistas adultos y adultas conocen y, oigan, nadie los conoce. ¿Dónde están? ¿Quién vió, alguna vez en el barrio, algún adulto o adulta con autismo? ¿Qué pasa en mi ciudad? ¿Dónde los metieron? ¿Al dejar la adolescencia atrás, la condición autista provoca que el cuerpo se vuelva invisible? ¿Dónde trabajan los autistas? ¿Cómo se vinculan con la sociedad que años atrás les prodigaba complejas atenciones y tiernos estímulos?

Cuando el sujeto autista deviene en adulto o adulta, la sociedad pierde su rastro, porque la vincularidad que se establece con la condición autista es una de carácter fundamentalmente comercial. Esto no sucede porque seamos malos y malas, no es una cuestión de moral de la bondad, es una cuestión de lógicas tecnologías de integración social. La condición autista se fabrica contractualmente en la infancia. Fabricar un autista es el acto performativo de constituirlo en consumidor de un servicio, un proceso material que supone la creación y el otorgamiento de conjunto de prótesis políticas: protocolos médicos, certificados de discapacidad, planillas de firmas, facturas de reintegro, planes de trabajo, pedidos psiquiátricos. El problema es pensar qué sucede cuando esas prótesis ya no le entran en el cuerpo de adulto o adulta.

Zygmunt Bauman dice que una cosa es ser pobre en una comunidad de productores con trabajo para todos (y agregó, todas), pero que otra cosa es serlo en una sociedad de consumidores cuyos proyectos de vida se construyen sobre las opciones de consumo y no sobre el trabajo. En

resumen, para Bauman, ser pobre es ser expulsado del mercado de consumo. Como padre de niño en el espectro, la sola idea de proyectar el futuro de niño en esta sociedad de consumo, me genera el aleteo de una colonia de murciélagos en las tripas. Nuestra sociedad actual no detenta absolutamente nada que pueda parecerse a un consenso respecto de cómo fabricar autistas por fuera de la lógica de consumo. Ese trabajo vital no podemos dejárselo al Mercado, porque lo único que puede y quiere hacer el Mercado es buscar un nuevo punto de enclave consumista para estabilizar la representación de un consumidor discapacitado adulto.

Necesitamos nuevas formas de construir la infancia autista. La que tenemos, está diseñada por el Mercado, no por los y las autistas. ¿Por qué la Matriz autista no se retroalimenta desde el deseo autista en Sociedad? ¿Por qué nadie les concede legitimación a su condición de cuerpos y potencias deseantes? ¿Qué quiere una adulta autista joven? ¿Qué desea un adulto autista joven? ¿Cómo quisieran ser-en-el-mundo? ¿Cómo se manifiesta la potencia deseante de las juventudes autistas? Caramba, nadie lo sabe. El problema es que las Obras Sociales no tienen hoy cobertura para “Licenciados/as en Escucha de la Potencia Deseante”... Hoy la Sociedad no sintoniza la frecuencia de la potencia deseante autista, no puede hacerlo, porque la matriz autista está diseñada por el Mercado, y él no está para levantar barreras sino para satisfacer consumos.

El mañana del Mercado no tiene lugar para nuestros niños de hoy. Es nuestra tarea, aquí y ahora, generarles soportes de escucha a la potencia deseante autista. Vamos, no nos alcanza con leyes, la Ley siempre se arrodilla ante la Norma. Ya existen leyes laborales que protegen los derechos de los autistas y sin embargo nadie sabe dónde están esos cuerpos deseantes. Nadie sabe dónde trabajan. Nadie lo sabe, porque no trabajan. No se les reconoce el derecho a un rol de producción semiótica, porque el mercado y la sociedad de consumo nunca pudo ni quiso pensarlos por fuera de su rol de consumidores. Nadie sabe nada de ellos y ellas, porque se hundieron en la sociedad, no como engranajes productores sino como se hunde en la memoria el registro de la fragancia de las

rosas en el patio de la casa de los abuelos. Un hundimiento en el olvido como se olvida una melodía, un rostro, el nombre de una mascota de la infancia. Apenas la evocación de un consumo consumido. ¿Qué hay en el futuro de la Sociedad para los niños y niñas en el espectro? Por favor, no nos engañemos, no hay nada si no lo construimos hoy.

## CHAPTER 6

# TODO LO AUTISTA ES POLÍTICO

¿QUÉ ES EL AUTISMO? El legado más importante de los discursos feministas radicales de los años 70 fue la incorporación en el consciente colectivo de que todo lo personal es político. Ese axioma estalló en el rostro de millones de personas que aceptaban pasivamente una frontera imaginaria entre las funciones del estado y la responsabilidad individual. En aquellos años, las Instituciones todavía eran fuertes. La Clínica, el Estado, la Escuela se constituían como dispositivos de verificación de las sociedades disciplinarias, faraónicas líneas de producción fordista para la manufactura de símbolos sagrados y prácticas de gobierno de los cuerpos.

Hoy las Instituciones, bajo el imperio de la razón neoliberal, están cada vez más destituidas. Tal es el debilitamiento que exhiben los viejos pilares marmolados del siglo XIX y XX que ya no solo carece de sentido salir a combatirlos, sino que hasta sentimos la urgente necesidad de apoyarlas para evitar su desplome total. Pero claro, esto sería una buena noticia si el eje de poder no se hubiera desplazado a algo peor, algo inmaterial: un orden de la razón que, como dice Jorge Aleman,

borra tendencialmente el límite entre lo público y lo privado. El neoliberalismo.

¿Qué es el autismo? Hoy el poder no está bajo la forma institución. Tampoco lo construimos por el ejercicio de la democracia, lamentablemente. Hoy el poder es una retícula que captura todos los despliegues de la potencia vital. Hoy el poder no reprime, el poder normaliza. Pensemos en la Institución Escuela, por ejemplo. Nuestros queridos maestros y maestras están formados para educar al estudiante de funcionalidad neuronal promedio. La razón neoliberal ha instruido a sus representantes a hacer del algoritmo matemático denominado “media estadística” un límite de norma dentro de la cual operar. Cuando un niño llega a la institución Escuela y no se encuentra dentro de los márgenes de tolerancia de la media estadística de (por ejemplo) coeficiente intelectual, la institución Escuela entra en crisis.

La Institución Escuela no sabrá qué hacer con un niño fuera de la media funcional. Parece absolutamente disperso, propenso al berrinche, incontrolable, indisciplinable. Niño insiste con la irrespetuosa disidencia de evitar el contacto visual con su maestra. Niño demuestra un comportamiento rígido, con intereses restringidos. La maestra no comprende al niño pero sospecha que hay algo malo en la forma en que actúa su papel de estudiante. Seamos claros. No es culpa de la maestra, ella simplemente constata aterrada que sus métodos didácticos y la lógica pedagógica institucionalizada simplemente no funcionan con niño. ¿Podemos imaginar algo más aterrador para un docente? Niño es un problema para la Institución. Devela sus límites. Desnuda la falencia constitutiva de toda institución: fue diseñada para capturar la funcionalidad media y no la diversidad. Las instituciones estabilizan el conflicto que genera la parcialidad que se impone como un todo. Nuestros niños autistas, son grandes expertos y expertas en tensionar esa ficción hasta hacerla estallar.

Niño, con su discurso diferente, con su sensibilidad sensorial elevada, con su conducta fuera de norma, es una bomba de tiempo institucional que se quedó sin tiempo. Es un gigante chiquito que en cada



movimiento de estereotipia provocará un tsunami en el orden normativo donde todo parecía estar resuelto. Una ecolalia que, en tanto eco, viaja rebotando una denuncia grave entre los claustros. Niñe es un molesto punto en una hoja en blanco, una denunciante mancha en un pulcra hoja de cuaderno cuadriculado, un cálculo fallido cuya inocente y desafortunada detección refriega en la cara de los arquitectos pedagogos sarmientinos unos planos fundacionales fuera de escuadra. Esto ya no funciona... pero ya llamamos a su madre, y a su padre. Ya les dijimos que críen mejor a su niñe. Ya lo reprendimos, ya no sabemos qué hacer. Se necesita una solución. ¿a quien recurrir? Pero quizá, sí hay una solución... otras instituciones ya lo han resuelto antes. La Clínica, por ejemplo, aprendamos de la Clínica. Sí, admitir que debimos fragmentar, pero no demasiado... solo lo justo para que la exclusión haga su trabajo. Fragmentar, pero solo lo necesario para contener el universo de la infancia en una jerarquía binaria: los funcionales y los disfuncionales. El binario es lo que queda en pie cuando fracasa la ficción totalizadora de la parcialidad. El binario es la jerarquía de dos: lo que está bien y lo que está mal.

¿Qué es el autismo? El autismo es un dispositivo político. Los dispositivos se inventan para disponer relaciones y estados a partir de su uso. El autismo es un dispositivo inventado para subsanar esa grieta aterradora que emerge en la Institución Escuela desde lo más profundo de su materialidad. El dispositivo autista funciona, porque a partir de él, la Institución Escuela consigue la legitimación de la exclusión del divergente. Ahora puede continuar tranquila haciendo lo que hace mejor: normalizar niñes normales. Ahora niñe autista no actúa como denunciante porque se lo redujo, por la fuerza, a la lógica del binario.

Insistimos, no es culpa del maestro o de la maestra, maravillosos héroes de tiza blanca y guardapolvos que hacen dan lo mejor que tienen por la tierna infancia a su cuidado. Simplemente, nada pueden hacer frente al diseño superestructural de un sistema educativo que por definición solo ocupa de la media funcional porque no reconoce otra forma de modelar la vida. El dispositivo autista solo existe porque sin él no

existiría legitimación de exclusión de las Instituciones. Ahora niño no es un problema de la Institución Escuela, es un problema de alguien más... la Institución de Instituciones: el Mercado.

El Mercado es quien va a capitalizar la exclusión para incorporar al niño denunciante de la normalidad en su sujeto favorito: el consumidor. Como una marca de sangre en la frente, el dispositivo autista habilita la puesta en funcionamiento de un mercado de servicios profesionales de discapacidad, la Industria de la Discapacidad. De nuevo, seamos claros. Los profesionales de los mal llamados centros de “rehabilitación neurológica” son nuestros amigos y amigas. Son hoy, para las madres y padres de infancias en el espectro, nuestro único apoyo, nuestro único sostén. No es un problema de los profesionales, sino de las instituciones que los adscriben bajo su lógica.

El dispositivo autista es una marca institucional que toma la forma de Certificado de Discapacidad. Una marca estigmatizante. ¿Por qué se requiere la marca de sangre en la frente para que se habiliten los apoyos profesionales de los mal llamados “Centros de Rehabilitación Neurológicos”? ¿Acaso a los papás y a las mamás vamos a mentir la condición de nuestro niño porque nos fascina estar toda la semana de taxistas (si tenemos el privilegio de contar con movilidad propia) llevando a nuestros niños a dichos centros? Entonces ¿qué se supone que valida el dispositivo autista? ¿Busca acaso rescatar a las Obras Sociales de esa pandilla de madres y padres mentirosos que van a falsear por deporte la necesidad de apoyos? ¿Tiene eso el más mínimo sentido? Pero hay algo peor.

Las infancias en el espectro que no logren adquirir la Marca de Sangre se quedarán inmediatamente fuera de la posibilidad de utilizar esos servicios de apoyo. Sin la Marca no hay posibilidad de consumo en el mercado de discapacidad. En un mundo donde la más poderosa de las instituciones es el Mercado, no contar con la marca coloca a los niños fuera del radar de la distorsionada constitución de la “realidad” neoliberal. Un niño en el espectro autista, sin la Marca (es decir el dispositivo concreto Certificado de Discapacidad) no es autista, porque no está

habilitado a ser un consumidor de la Industria de la Discapacidad. Un niño autista sin Certificado no es autista. No lo es, porque su familia no podrá pagar los servicios profesionales de apoyo. De esta forma, el dispositivo autista es el garante de la capacidad de consumo en la Industria de la Discapacidad. El dispositivo autista como exclusión dentro de la exclusión.

Para los niños con funcionalidad neurológica media, es decir, aquellos que no son “discapacitados” (en relación a las categorías de capacidades que fija la Institución Mercado) todo es mucho más sencillo. No necesitan una marca de sangre en la frente para ir adquirir sus servicios profesionales clínicos. Que suerte, bien por ellos, después de todo, sería incómodo necesitar una Marca en la frente para llevar a un niño al pediatra cuando tiene mucha fiebre. ¿verdad?

¿Qué es el autismo? El autismo es la institucionalización de la exclusión. Es un dispositivo cultural e históricamente construido. El autismo es un invento político. No se apresuren, no nos referimos a la funcionalidad diversa que describe lo que denominamos espectro autista, que es muy real y todas las madres y los padres de niños en el espectro lo sabemos bien. Nos referimos sí, al invento del dispositivo autista, a la carga de sentido y el uso centrífugo que las Instituciones hacen de él en términos de operatorias de exclusión. Como dice Paul B. Preciado, para nosotros no se trata de demandar una mejor integración del cuerpo discapacitado sino de analizar y criticar los procesos de construcción de la norma corporal que discapacitan a algunos cuerpos frente a otros. Por eso todo lo autista es político.

## CHAPTER 7

### CRUZANDO EL MERIDIANO

FUIMOS EL NIÑO CONSUMIDOR DE TUS SERVICIOS. Fuimos un número de afiliado en la nómina de algún reporte clínico. Fuimos paper, conferencia, objeto de integración, fuimos variable dependiente para el gran circo. Fuimos discusión de tus hipótesis y el silencio de nuestros deseos. Fuimos encuadre técnico del Método, fuimos un invento de Ellos.

Pero sabemos que no es la Norma la que nos define. No somos menos que nadie y tampoco sobrehumanos. Si somos un invento vamos a reinventarnos porque somos nómadas de la identidad cruzando el meridiano.

Somos los que ponemos a las porteras de la escuela a programar desde una consola y a los CEOs de las empresas a servir el te en el recreo con una cacerola. A las catedrales sagradas del Capital las convertimos en toboganes, lo hacemos por nosotros y por los niños que cantan aunque tengan hambre.

No nos vengán con sus ficciones humanistas y aparatosas clínicas de inclusión. Nosotros hablamos muchas lenguas, somos una tribu pagana de bajitos que dominan los símbolos de la diosa razón.

Los símbolos nos protegen, son nuestros amigos. Gramáticas humanas y lenguajes de la computación. ¿De cual capacidad adolecemos?

¿La de reírnos todo el día de las bromas de una protocolar conversación? Somos diferentes, igual que ustedes. A los viejos y caducos fantasma de la clínica les hacemos cosquillas, mientras programamos nuevas plataformas mutantes sin movernos de nuestras sillas.

Somos un discurso abierto y en permanente reingeniería. Nos levantamos por la mañana para inventar nuestra identidad y por las noches la disolvemos en agua tibia sin preocuparnos por los conceptores de la normalidad.

Somos piezas que no encajan en tu rompecabezas. Somos el santo grial en un cultrum mapuche, somos un niño Inca levitando en Vilcabamba, una niña Coya del altiplano surfeando en la luminosa noche. Somos un tractor alado sobrevolando la pampa y también un camión sin frenos arrollando la normatividad por una rampa.

Somos un tanque soviético que dispara código objeto y tiene 5 mil pedales. Nuestra energía no es fósil, viajamos más rápido con el viento que sopla desde los Andes.

Somos padres, madres, hijos e hijas de una pedagogía radical, somos niños pobres sin acceso a caros tratamientos, insurgentes de la Norma, barricada de sueños y tormenta gramatical. Somos los dedos veloces de una niña pobre de La Paz compilando código objeto. Somos todos los niños de las favelas de Río creando repositorios de código abierto.

Seremos tecnología en el espectro, una guerrilla digital que reclama su lugar en el mundo, seremos autistas que sueñan con los pies en la tierra y los ojos bien despiertos. Seremos eso que nunca encajó pero que se hizo un hueco. Seremos una contradisciplina, un nuevo mito político, un despliegue divergente y técnico.

Seremos capacidades tecnológicas colisionando procesos políticos que construyen discapacidades. Seremos una comunidad global y abierta, con teclados en las manos y repositorios en las nubes que atestiguarán nuestras nuevas verdades. Escribiremos códigos maquínicos como nuestro futuro legado, y si nos atan las manos lo haremos con los pies porque nada detiene a los Sueños, nuestros maravillosos compañeros carentes de norma, diploma y certificados.

Seremos lo que quede de pié cuando las ficciones caigan delante de los ojos de sus artesanos. Seremos los que habrán cruzado el meridiano.

## CHAPTER 8

# ARQUITECTURAS ABIERTAS

VIVIMOS EN UNA TIERRA MEDIA SIN ELFOS NI ENANOS. Sin dragones ni dioses, sin Hobbits ni Horcos. Y sin embargo, aquí estamos. Nos hemos procurado un mundo de fantasías políticas y mitos antropológicos. Un territorio global donde impera la violenta fuerza elemental de un principio ordenador y regente: la Media Biopolítica.

Ese orden es el resultado de aplicar el algoritmo de la Media Estadística al diseño de nuestras arquitecturas sociales, atendiendo solo a las condiciones y eventos promedios. A la base de este tirano normativo se encuentra la inofensiva Probabilidad. La probabilidad de ocurrencia de cualquier cosa, digamos desde que nos caiga un pato kamikaze en la cabeza o la de encontrarnos en la pileta del patio un cofre de oro Inca de algún galeón español hundido: un número entre 0 y 1. Luego un suceso imposible, como el de que niñe ordene los juguetes por iniciativa propia, tiene probabilidad cero mientras que un suceso inevitable, tiene probabilidad uno. La media es entonces el grado de certidumbre de que un suceso pueda ocurrir o de que una condición efectivamente se constate.

Sobre la probabilidad de ocurrencia de cualquier cosa, hemos diseñado todas nuestras instituciones. En principio, pareciera tener sentido. Por ejemplo, latinoamérica es poco probable que una persona mida más de dos metros, luego, el estándar normativo del tamaño de una puerta será de 2 metros con la seguridad de que tanto bajitos y bajitas como altos y altas podrán utilizar el importante servicio que ofrece una puerta: transporte a través del umbral. Pero ¿qué pasa cuando lo que se está diseñando en términos de la media estadística no es una puerta sino una Institución educativa o un proceso de ingreso laboral? ¿Qué pasa cuando se diseña la Escuela o la Universidad en función de la media estadística neurológica? Una cosa es segura: no es una puerta por la cual pueden pasar todas y todos...

Los programadores conocemos bien a la inofensiva probabilidad. Desde jóvenes, aprendemos que en una arquitectura de software se debe optimizar siempre el caso más frecuente. Es mejor construir arquitecturas veloces y eficientes para los eventos o situaciones que tengan mayor probabilidad de ocurrencia. Pero optimizar el caso más frecuente, no significa que a los eventos o condiciones menos probables no se les de tratativa. Cualquier programador y programadora sabe que ningún evento o estado conocido puede quedar afuera de las consideraciones de la Arquitectura de Software, porque si se excluye su tratativa y el evento ocurre, el entero sistema se desplomará.

¿Cómo opera el inofensivo concepto de probabilidad en la construcción de nuestras arquitecturas sociales? El resultante no tiene nada de inofensivo. Las catedrales de la modernidad que nos construyen como sujetos, están edificadas a partir de la aplicación violenta del concepto de Probabilidad. Hemos construidos Arquitecturas exclusivamente orientadas a los estados neurológico más frecuentes. Hemos diseñado a la Escuela como una línea de producción fordista que toma un niño de funcionalidades promedio (es decir, cercanos al valor de probabilidad que arroja la Media Estadística) y lo conduce a través de dispositivos didácticos, discursos pedagógicos e instancias de evaluación construídas para la funcionalidad neurológica media. La Escuela normaliza y



evalúa al niño sin preguntarse si es un ave que se vate en vuelo en las tormentas de verano o un pez resplandeciente de las profundidades abismales. A ambos los evaluará en el terreno donde los topos son gigantes: escarbando en las ciénagas de la Tierra Media.

¿Y el resto qué?

No hay lugar para el resto en la Tierra Media. Niño autista no exhibe un comportamiento funcional en los parámetros de la Media Biopolítica. Ahora, a nadie parece molestarle el hecho de que si todos tuviéramos el mismo nivel funcional, no seríamos seres humanos, seríamos otra cosa, quién sabe qué. El problema es que las Instituciones se han erigido como Arquitecturas orientadas al funcionamiento medio, sin tener en cuenta los eventos o estados menos frecuentes. ¿En qué momento decidimos que menos frecuentes es menos importante? ¿Quién decidió que menos frecuente debe ser interpretado como un caso de ocurrencia nula dentro de la Arquitectura Social? ¿Quién decidió que las instancias evaluativas de la Institución Escuela deben ser iguales para todas y todos y todes? ¿En qué momento se fabricó la Niñez como un desempeño funcional promedio?

Dígame, señor docente universitario, ¿de cuales tierras medias será usted criollo?

*Menos frecuente* no significa improbable. *Menos frecuente* no significa que sea poco frecuente. *Menos frecuente* tiene carita sonriente. *Menos frecuente* es niño preparando sus lápices para ir a la escuela. *Menos frecuente* camina, llora y abraza. *Menos frecuente* lucha por aprender porque quiere saber, crecer y tener oportunidades de empleabilidad. *Menos frecuente* son miles de niños que reclaman su derecho transitar las arquitecturas que nos hemos construido. *Menos frecuente* somos los miles de padres y madres preguntándonos por dónde es, preguntándonos dónde está el agujero de este monstruoso zapato social, preguntándonos por qué la Institución Escuela no tiene herramientas para cuidar y enseñar a nuestros niños autistas.

Oigan arquitectos de la Tierra Media: *Menos frecuente* no significa poco frecuente. Porque somos miles, cientos de miles.

Y nos merecemos arquitecturas abiertas con instituciones desjerarquizadas y flexibles que proporcionen condiciones de aprendizaje basada en experiencias. La experiencia es universal, la comprensión de un discurso pedagógico fabricado para la Media Funcional no lo es. Necesitamos tejido empresarial que se reconfigure como una arquitectura social más abierta a la diversidad y con puntos de acceso a la empleabilidad de jóvenes autistas. Esta reconfiguración arquitectural no sucederá solo porque sea ridícula la configuración actual, tenemos que salir a exigirla.

Somos ese evento que se quedó afuera, somos ese estado que el Arquitecto nunca creyó que podía suceder. Al igual que una entidad maquina colapsa cuando se topa con una configuración de eventos que no consideró en su diseño de Software, la Media Biopolítica se desplomará cuando desnudemos las limitantes de sus capacidades, cuando salgamos a decir que somos ese error en el sistema que nadie previó, cuando salgamos a mostrar que *Menos frecuente* no es poco frecuente ni menos importante.

## CHAPTER 9

# REINGENIERÍA DE LA IDENTIDAD

**N**IÑE TERMINA LA EXPERIENCIA DE PROGRAMACIÓN del día y se me escapa de las manos como si soltara un resorte con rulos y zapatillas, cayendo en algún lugar del patio, entre normativos juguetes y patriarcales pelotas. Desde allí siento su voz que me convoca y al salir, lo encuentro parado señalando algo en una baldosa.

Me acerco y observo un bicho oscuro y acorazado que en mis pagos llamamos escarabajo cascarudo. Mientras contemplo dubitativo la efectividad de su técnica de defensa consistente en representarse así mismo medio muerto, veo una colorida zapatilla con caritas del hombre araña que irrumpe en el cuadro abalanzándose sobre la materialidad del insecto. Créanme que intento reaccionar pero es tarde. Todo lo que el insecto ha sido, comido y experimentado, yace untado en la baldosa como una manteca gris en una tostada de concreto gigante. El esfuerzo de contener mi indignación, ralentiza el armado mental de mi discurso intempestivo en defensa a la diversidad de la vida de nuestro patio hogareño. Solo acierto a mirarlo con los ojos algo desorbitados mientras busco las palabras aleccionadoras para el bichicido, mientras que niñe ya dispara su argumento a la voz de ¡me iba a picar!.

Ya lo decía Nietzsche en *La voluntad del poder*: La moral tiene criterios estéticos. Una cucaracha en tanto pequeño reducto de la oscuridad y espantosa articulación artrópoda de múltiples patas y antenas, inmediatamente ensambla en la mente del observador la popular identidad del espanto: insecto feo y nefasto, digno del mas vil exterminio. Luego, vivo es malo, muerto es bueno. Ubicada en el otro extremo del espectro de la belleza, la delicada mariposa, afortunadamente para ella, logrará representar su vida del lado del bien, al menos, la mayoría de las veces.

Bicho feo es malo, bicho lindo es bueno. ¿Esa identidad artrópoda es esencial o es una construcción de nuestros criterios contingentes de belleza? Las personas somos grandes constructores, lo construimos todo: pirámides en el cielo y fosas comunes en el infierno, campos de concentración e iglesias, parlamentos y cárceles, campos de refugiados y estadios de béisbol refrigerados, reservas naturales y rellenos sanitarios para residuos radioactivos, cuerpos de superdeportistas y cuerpos políticamente discapacitados, y sí, también construimos identidades y configuraciones sociales perceptibles.

Creemos que una mariposa tiene una identidad esencial y naturalmente bella, mientras que a una cucaracha le asignamos una identidad monstruosa. Pero es evidente que esas identidades no fueron comunicadas por los insectos en cuestión, las construimos nosotros, en nombre de una plataforma biológica natural. Nos gusta creer que todo tiene una identidad esencial. Si todo tiene una identidad esencial, entonces la tarea de descubrir identidades se torna estratégica, porque si la identidad ya está allí, asignada por la providencia, por la historicidad o por la cultura, entonces quien logre imponer con mayor fuerza su propia definición habrá hablado en nombre del Universo. Si hay esencia identitaria entonces quien la identifica (es decir, quien la construye) gobierna a lo identificado con un poder como el que solo una investidura divina podría conceder.

Por ello, la identidad es una ficción social muy útil para el biopoder. Todo grupo social minoritario tiene una identidad construida por quienes están en una relación de dominio respecto de esa subalternidad.

Nunca a una minoría subalterna se le permite construir su propia identidad. Dicha construcción opera desde discursos ubicados siempre en la exterioridad.

El esclavista blanco definía al negro esclavo como un cuerpo sin alma, imposición esencialista de la identidad negra que le permitía hacer uso ilimitado de los recursos vitales del esclavo en el campo algodonero. El patriarcado, en todas sus narrativas occidentales, ha identificado a la mujer como la figura de la carencia, a partir de pensarla como un macho que carece de pene. Luego, la débil y carente identidad femenina, quedará en una relación de dominancia respecto del macho: aquí la identidad ya ha hecho su trabajo.

Sostener una identidad esencial es arrogarse el poder de ver lo que otros no ven. Es convertirse en un heraldo divino, en vocero de los dioses y en grito de la evolución darwiniana. Es una técnica de gobierno de los cuerpos que instrumenta mediante un discurso la visibilización de los límites, supuestamente identitarios, para la posterior emisión del juicio moral y el consecuente despliegue de dominio. Nada más evidente: gitanos, negros, judíos, migrantes, transexuales, homosexuales, discapacitados... autistas.

¿Cuál es la identidad autista? ¿Cómo son los autistas? Nunca vamos a caer en la trampa de contestar esa pregunta. El problema no es la pregunta sino el adverbio relativo con el que ésta comienza. Siempre existen peligros ocultos a la base de una pregunta que irrumpe con un “cómo”. El cómo, es una declaración contractual. El imperativo categórico de la etiquetación. Una pulsión de momificación del ser. Un contrato social para la generalización.

Los autistas, antes del cómo, primero son. Y nada más importa.

Existen autistas que programan y personas no autistas que se lastiman. También sujetos que se creen muy normales y que un día se suicidan. Hay autistas que hablan mucho y otros que son no verbales. Hay personas que se consideran neurotípicas y viven llenas de miedo por cosas que nunca vieron. Hay autistas que les gustan las montañas rusas y otros que no se suben a una hamaca. Hay monstruos fabricados

por la radioactividad y hay monstruos ficcionales contruidos por la normatividad. Hay autistas que cantan y neurotípicos que bailan. Hay autistas felices y neurotípicos tristes. Hay neurodivergentes saltando de un puente y otros ahogándose en pastillas. Y acaso lo más triste... personas muy normalizadas por los aparatos institucionales que nunca sabrán que fueron pensadas por arquitectos del biopoder.

El problema aquí es que las identidades son como los prejuicios... se construyen aunque uno no quiera. Podemos negar una identidad, podemos combatirla, podemos proponer otras, pero lo que no podemos hacer es creer que no existen. Siempre hay construcción de identidad autista, aunque no haya un solo autista en el universo que nos de una pista de su existenciarío. Se torna vital entonces comprender cuáles son hoy las vías de construcción de la identidad autista, que intereses se juegan en esa ingeniería social, quién está hoy produciendo su identidad y por qué.

No podemos comulgar con ninguna definición de identidad autista. Solo podemos aceptar su permanente reingeniería, su inagotable interpelación. Cuando Donna Haraway escribió su Manifiesto, propuso la figura política del Cyborg. El cyborg, quizá, sea una forma de pensar las consecuencias mutacionales del devenir humano atravesado por la técnica instrumental. Haraway lo definió como «un canto al placer de la confusión de las fronteras y a la responsabilidad de su construcción. Un acto de intervención y moralidad, de responsabilidad: es una alarma, un grito para que no se deje la construcción de los límites postmodernos en manos de las corporaciones ni de los especialistas médicos. »

La identidad autista es una construcción cultural y clínica. Tengo esa frase guardada en un acceso directo de mi cerebro y le hago un doble click mental cada vez que alguien me quiere informarme respecto de cómo son los autistas. Tengo esa frase escrita en tablas de piedra por el dedo divino, y le saco el polvo cada vez que alguien quiere explicarme cuál es mi identidad como papá de niño autista. Tengo esa frase inversamente escrita en mi frente, y la leo frente a un espejo cada vez que caigo

en la tentación de hacer generalizaciones identitarias partiendo de mis experiencias individuales.

Los maestros del terror del Hollywood no pueden moverme un pelo. Todo mi miedo lo tengo depositado sin intereses en el cuenta bancaria del terror de los aparatos que hoy producen y construyen identidad autista. Me pregunto ¿Cómo es posible que hoy se esté produciendo identidad sin la intervención de sus protagonistas? Y luego me respondo que es posible porque históricamente el primer paso del sometimiento social de una minoría es su constitución identitaria desde la exterioridad. Los papás y mamás de infancias y jóvenes en el espectro deberíamos prestar mucha atención frente a los movimientos de suelo y a las mediciones de los agrimensores de la identidad divergente.

Oigan productores de identidad: no nos interesa descubrir la identidad autista. Vinimos a fabricar verdades, no a descubrirlas. La identidad del colectivo autista solo puede y debe ser definida por ellos y ellas, y solo si quisieran hacerlo, solo en el remoto caso de que tal exigencia etiquetadora encuentre algún punto de convergencia con la potencia deseante de los y las autistas.

Nuestro rol, en todo caso, debe ser el de constituirnos como soportes del despliegue de su potencia deseante, en un frente móvil de apoyos a la expansión de los límites autistas, en agentes demoledores de las barreras que buscan encorsetar su ser-en-el-mundo, en ingenieros de la duda y la interpelación, en compañías aladas que garanticen el despliegue de su ser en una sociedad fascinada con la construcción de límites y definiciones rígidas. Somos ingenieros de la identidad apoyando el acto revolucionario de las infancias y juventudes autistas: empujamos la rueda del infinito ciclo vital de demolición y reconstrucción de los límites. ¿Y quién podrá detenernos?

## CHAPTER 10

# EL PROFESIONAL DIVERGENTE

¿QUÉ ES UNA TITULACIÓN PROFESIONAL? En una entrevista que le realizaron en el año 1975 al abuelo del biopoder, Michael Foucault, su entrevistador lo conduce peligrosamente hasta los límites de esta cuestión. Este neurodivergente (igual que todos y todas) francés, ceropositivo, enterrador del marxismo académico, gay, activista, estrella incandescente del pensamiento europeo y poseedor de un arsenal de titulaciones de grado y posgrado, escupe sin titubeos la siguiente enunciación: Todos los que obtienen un título saben que no sirve para nada, saben que no tiene contenido, saben que está vacío.

Para Foucault, el título es una mercantilización del saber. Pensémoslo un momento. Esos immaculados trozos de cartón, inscriptos de pomposas frases protocolares y enormes firmas ministeriales, carecen de cualquier traducción material para su portador. En términos de habilidades técnico instrumentales para transformar el mundo, un diploma vale lo que cuesta el cartón donde se imprime. Sin embargo, esto no significa que no sea una pieza fundamental del ordenamiento del mercado laboral. Un título tiene el valor que le otorga aquel que no lo posee. Un diploma significa algo, aunque solo sea para los que no lo tienen.



En definitiva, un diploma, es un dispositivo académico político cuya misión es hacerle creer a los que no lo poseen que no tienen acceso ni derecho al saber disciplinar de ese área específica. Son quienes no lo poseen los que le dan un sentido pleno al cartón.

El problema no es el cartón en sí, sino el uso político del dispositivo. Hemos construido una serie cordones sanitarios de exclusión alrededor de los objetos de estudios de las áreas disciplinares. El acceso al saber tiene condicionantes económicos, clínicos y normativos. La titulación es el garante de ese orden de exclusión, en tanto suministra una jerarquía de accesos al saber. El título universitario es el estandarte, la llave que cuelga del cuello profesional, el factor habilitante. ¿Habilitante a qué? Habilitante a ocupar determinadas posiciones en el campo del empleo. Habilitante al ingreso a organismos del estado. Habilitante al desempeño en carácter de profesional en los organigramas de pequeñas, medianas y grandes empresas. Habilitante a los saberes y su praxis, al dominio técnico del área disciplinar, al objeto de estudio.

En nuestra sociedad, los autistas solo pueden ser profesionales en la medida en que logren la consecución del pedazo de papel firmado. La sociedad proclama con orgullo que sus universidades están abiertas a la diversidad, solo por el hecho de que un autista puede ir y sentarse en un banco de la clase. Pero ese será el único recurso al que podrán acceder, un banco, un metro cuadrado de aula, un lápiz y un papel. Pero nunca tendrán acceso al objeto de estudio. Decir que un autista puede transitar la universidad (construida por y para la media funcional) es como decir que todos podemos ser astronautas si nos lo proponemos. ¿Acaso alguien nos impide construir nuestro propio cohete y viajar a la luna? Allí está la luna, para todas y todos, el que quiere y pone el suficiente empeño podrá caminar sobre ella o graduarse en una carrera universitaria. Acaso ¿querer no es poder?.

Es ridículo. En términos prácticos, la universidad solo se enorgullece de no echar a la calle a los divergentes que se atreven a poner un pie dentro. La universidad ve al joven autista ingresando por una puerta y por todo acto de acompañamiento le dará una silla de tamaño y color

estándar, sobre una baldosa cuadrada y estándar, y le impartirá sus contenidos cuadrados y estándares. Suficiente, la Institución se ha rescatado a sí misma de la vergüenza y la ignominia, luego, el efecto centrífugo de la Norma hará su trabajo. ¿Qué importa una baja más? ¿qué importa la eyección de todas y todos los divergentes? Seguimos siendo una Universidad inclusiva, somos para todos y todas. Acaso ¿no se le asignó una silla fría y silente al autista? Incluso si un pez quisiera venir a estudiar a la Universidad, hasta le daremos su metro cuadrado para depositar su pecera.

No tenemos recursos que ofrecerle a los jóvenes autistas en las universidades, no los tenemos porque la Universidad fue diseñada para la media funcional neurológica. La sola idea de confiar el dominio de la técnica disciplinar a un neurodivergente (como si no lo fuéramos todos y todas) es algo que hoy provocará un Infarto agudo de miocardio a cualquier profesor titular de cátedra universitaria. Y a quien lo niegue, me gustaría preguntarle por las "adaptaciones" de sus secuencias didácticas o por los graduados de sus carreras, gracias.

El problema es denso. No podemos caer en la simplificación moral de que la Universidad es un reducto maligno funcional al patriarcado laboral, pero tampoco ser tan ingenuos de creer que la cadena fordista de producción de aprendizaje podría servirle de algo a la mayoría de los y las autistas. Aquí se abren múltiples interrogantes de los cuales el principal sería decidir si la batalla a librar es la de pensar en una Universidad para todas y todos o bien, la de crear procesos de capacitación colectivos y resignificaciones del imaginario profesional y su relación con la empleabilidad.

¿Qué hace al profesional serlo? Si ponemos a derretir al sol la retórica política inscrita con sellos de sagrada cera roja ministerial en los diplomas, si utilizáramos un secador de pelo para evaporar la humedad de las aguas benditas con que santifica el diplomado cartón en los rituales académicos... ¿qué queda? Queda el despliegue (o su la ausencia de despliegue) de habilidades específicas sobre el objeto de estudio. Esto en tecnología es muy evidente. Existen muchos profesionales para los que

el diploma representa la única investidura que esconde sus desnudes disciplinar y existen otros que sí poseen dominio de la técnica. El título no garantiza en absoluto un acceso al saber, pero sí se impone como condición necesaria para la praxis de esos conocimientos en los circuitos civiles y empresariales, en tanto que casi siempre es condición necesaria para no salir eyectado de los procesos de búsqueda laboral o la ocupación de cargos en el estructuras públicas.

Es aquí donde necesitamos afectar la ontología liberal en la que estamos inmersos. Nos hace falta una figura de extrema relevancia para pensar un cambio profundo, nos hace falta el alfil que vuela por sobre el tablero cuadriculado de la norma, necesitamos al peón alado que salta por sobre la torre patriarcal, necesitamos al Profesional Divergente jugando en el partido de la empleabilidad contra la Norma.

El Profesional Divergente es nuestra ontología. Nos otorga nuestra política. Es la piedra angular que pondrá en jaque el monopolio neurotípico del acceso a los saberes y su posterior praxis. El Profesional Divergente es un problema para el sistema normativo, un mito político subalterno que desorganiza la hegemonía de la Norma en la tierra media, un ídolo blasfemo que se agita en los templos del Saber Neurotípico.

Por muy sagrado que el mundo profesional busque representarse, conviene recordar que la ontología y las leyes del mercado laboral no existen fuera de las prácticas vinculares que las legitiman y las sostienen. El Profesional neurotípico tampoco es una entidad natural (¿acaso existe alguna?), es solo un invento más, una ficción política que no existe en la naturaleza con independencia de las articulaciones imaginarias que denominamos Mercado de Trabajo. Es el efecto de una relación de poder, el producto de una Institución normativa como la Academia, pensada y diseñada para jóvenes de funcionamiento medio.

Es ahí donde la figura real y material del Profesional Divergente operará en el punto ciego de la Norma para desplegar un cambio profundo en la forma de organizar la inserción y la empleabilidad. No se trata de capacidad, el problema no es la capacidad, sino la relación sinérgica entre profesionalidad, violencia y normalidad. Un mundo donde solo

determinado tipo de jóvenes tienen derecho al acceso y a la praxis de saberes disciplinares, es un mundo violento. Un mundo donde las universidades legitiman y sostienen ese orden violento, es un mundo patriarcal.

El empoderamiento profesional tiene acceso restringido por la Norma. Las universidades tienen muchas puertas de ingreso (vengan los que quieran), pero solo una puerta de salida, y esa puerta es normativa. Pero el empoderamiento no es un estado emocional, no puede inducirse por un acto performativo del lenguaje. El empoderamiento no es un sentimiento, no es la decisión de confiar en uno mismo. El empoderamiento no es la cultura de valerse por una misma. El empoderamiento es la potencia al servicio del deseo, es la configuración mente/cuerpo resultante del dominio de la técnica instrumental sobre el campo social desplegado en el territorio. El empoderamiento es el resultante del dominio de una disciplina a través de la técnica, que permite salir del laberinto por arriba sobrevolando las Instituciones. Empoderar lleva años, requiere de estructuras disruptivas de capacitación que hoy no existen. Empoderar requiere imaginación, requiere recursos didácticos específicos, requiere de dinero, de tiempo, de gritos, de llantos, alegrías, risas, juegos, fracasos y éxitos. Donde hay empoderamiento hay transgresión de la Norma.

Para empoderar a nuestras niñas y niños en el espectro, lamentablemente no podremos confiar en nuestras universidades, no pueden, no saben cómo, no saben por dónde. Tampoco podemos esperar a que niño sea grande y decida que quiere hacer de su vida. Esperar a que niño descubra la convergencia de su potencia deseante es perder un tiempo muy valioso. Es entregar los mejores años formativos a la Norma. El tratamiento clínico del autismo no está pensando en su vinculación profesional de cara a la empleabilidad, solo está pensando en el autismo como trastorno. No podemos dejar en manos de las Instituciones el empoderamiento de nuestras infancias y jóvenes autistas.

Para empoderar a nuestras niñas y niños en el espectro, necesitaremos pensarlo todo de nuevo. Generar encuentros tempranos y placen-

teros de nuestros niños con diversos objetos de estudio sobre los que podamos garantizar un recorrido exploratorio y una construcción de saberes. Necesitamos nuevos despliegues de vivencias cotidianas que aproximen a niños en el espectro a la tecnología como objeto de estudio y fuente de placer. Necesitamos accesos tempranos con papás y mamás con dominio de la técnica creando nuevas estructuras colectivas de enseñanza. Necesitamos ofrecerle a niño un acceso temprano a los objetos de estudio, experiencias ricas y divertidas que transiten recorridos técnicos y habilitantes sobre los saberes, necesitamos hacer cosas que transgredan la Norma.

Pese a que las Universidades les aterra la idea de re pensarse de frente a la diversidad neurológica, debemos hacer de ellas un aliada. Las Universidades son el mejor lugar para pensar, diseñar y crear didácticas específicas sobre áreas disciplinares. Las Universidades pueden tener un rol fundamental en la instalación del Profesional Divergente. Difícil que de la titulación al estudiante, porque eso supondría una transformación muy profunda de su propia definición. Pero sin duda pueden acompañar suministrando marcos teórico didáctico específicos que permitan a las esferas colectivas articular abordajes tempranos a las áreas disciplinares para las niñas y niños en el espectro.

Necesitaremos correr riesgos. Necesitaremos hacer cosas que no hemos hecho. Necesitaremos crear nuevas herramientas, suspender la potencia encorsetadora de la Norma, propiciar los medios para pensar un mundo donde profesional pueda ser sinónimo de autista. Necesitaremos proclamar la muerte del Profesional y el nacimiento de un nuevo mito político: el Profesional Divergente.

Necesitaremos pensar un mundo diferente, si es necesario, tan diferente como cada niña y niño autista que hoy luchan por un lugar en el mañana.

## CHAPTER II

### CÓMO NOS DOMINAN

EL FAMOSO NEURODIVERGENTE CONOCIDO como San Agustín, decía que el siempre sabía que era el tiempo, excepto cuando se lo preguntaban. Con el dinero me pasa un poco lo mismo, siempre se que es, hasta que niño me lo pregunta.

¿Qué puedo decirle? ¿Cómo explicarle que ese papel pintado es el andamiaje escenográfico que intenta una performance hegemónica del valor? ¿Cómo explicarle que esos juguetes que venden en la juguetería se los darán a cambio de muchos papelitos pintados?

Los adultos y adultas creemos entender la metáfora del dinero. Creemos en la obviada de su valor relativo. Somos religionarios del cociente entre la base monetaria y las reservas netas de los bancos centrales. Pero en el fondo, somos niñas y niños intentando entender la metáfora.

Vivo en un país donde nos desvivimos por un papel pintado en un país del norte. Nos fascina ese rostro patriarcal, pálido, envejecido, sin pelo sobre la frente y con ojeras, con labios tensos, que pareciera decirnos "soy la ficción de las ficciones, soy el billete de 100 dólares". En el Norte pintan papelitos de esos, y nos los cambian por recursos naturales sudamericanos. Ellos pintan papelitos de verde, nosotros extraemos petróleo a cambio. Ellos pintan papelitos de verde, nosotros le damos nuestras vacas y granos a cambio. Ellos pintan papelitos de verde,

nosotros le damos nuestra agua de montaña a cambio. Ellos pintan papeletos de verde, nosotros le damos nuestros recursos humanos formados a cambio.

Esa fascinación por el papel verde del Norte, conduce a todos los analistas económicos de mi país a afirmar que nuestro problema constitutivo es la falta de papel pintado en el Norte y hasta le han asignado un nombre, a saber: la *restricción externa*. Parece que todos los problemas sudamericanos se resolverían simplemente con lluvia de papel pintado.

Es cierto que necesitamos papel pintado en el Norte, es cierto, porque si niño quisiera comprar un juguete que fabrican fuera de mi país, quien lo fabrica no acepta papel pintado en mi país, solo quiere el que pintan en el Norte del continente. Lo entiendo. El problema es que esta lógica se despliega sobre casi todo lo que podemos tocar o ver. Desde bombas de fractura hasta cajas de salsa de tomate. Y hay algo peor, muchas de las cosas que sí se hacen en mi país, deben pagar propiedad intelectual a quienes patentaron esos "inventos". Por ejemplo, la cajita donde se envasa la salsa de tomates.

La cosa se pone peor. Supongamos que los niños de mi país, se pusieran de acuerdo y solo compraran juguetes de fabricación nacional. No faltaría un juguetero que los fabricara y que a cambio acepte papel pintado nacional. Podría funcionar... pero en realidad no va a funcionar. No va a funcionar porque a la Organización Mundial de Comercio (OMC), que representa los intereses de los países exportadores de propiedad intelectual y de tecnología, no le va gustar que le dejemos de entregar recursos naturales a cambio de sus manufacturas. Y como la OMC representa estos intereses, entonces actuarán en bloque para dejar de comprar nuestros limones y manzanas. Como lo único que vendemos al mundo son limones y manzanas, entonces ya no tendremos flujo de papel pintado en el Norte. Pobres los niños... han desatado sin querer la más reaccionarias y poderosa de las fuerzas del capitalismo cognitivo.

Así nos dominan. Nos dominan a través de la importación de propiedad intelectual. Nos dominan a través de la tecnología. Nos dominan a través de la naturalización de una Norma, que nació patriarcal y

muta en el binarismo productor/consumidor de propiedad intelectual. El binario operando a la base de la Norma, como siempre. El binario al servicio del orden jerárquico, como siempre.

Por supuesto, no existen recetas mágicas para salir de esta relación de subalternidad cognitiva, o por lo menos, yo no tengo ninguna. Pero parece claro que la formación de habilidades técnicas, la construcción permanente de dominancia tecnológica, el desarrollo de relaciones entre recursos humanos y humanas con capacidades técnicas y las lógicas de producción tecnológica nacional huelen a ingredientes de una posible receta. Y me guardo un ingrediente final: el empoderamiento de minorías relegadas en término de dominio de las gramáticas que construyen el capitalismo cognitivo. Autistas programando.

Claro que aquí, empoderarnos como sociedad implica, como siempre, transgredir la Norma. Porque es la Norma la que dicta que los países periféricos entreguemos recursos naturales a los países centrales a cambio de propiedad intelectual. Esa es la norma, eso es lo que está bien, lo naturalizado, lo que dicta el sentido común del orden global, lo que Dios quiere, lo que escribió en las tablas de piedra del Sinaí, lo que la vibra del universo instituye como el único orden natural posible desde antes del big bang.

Empoderarnos no es decirnos que sí se puede. Hay un poder real afuera que nos oprime. El orden de dominación tecnológico no es una cuestión relativa a nuestro tránsito hacia el desarrollo. Ese orden global no es simplemente temporal y contingente. Es falso que los países periféricos lo son porque están en vías de ser otra cosa, es falso porque si cualquier país periférico comete el sacrilegio de producir su propia tecnología para sustituir su compra a países centrales, entonces se activará el reflejo reaccionario global para hackear dicha operación a través de la suspensión de la compra de sus commodities.

Partiendo de esa aberración internacional ¿cómo luchar contra la Norma para que el pueblo autista sea productor crítico de tecnología? Será un camino arduo. No por el desafío que la condición autista imponga en el proceso formativo, sino por el nivel de naturalización de las



jerarquías de producción técnica que se encuentran instaladas en nuestra sociedad. Los países periféricos *solo* existimos para plantar tomates, mientras que los centrales son la vanguardia natural de la producción técnico instrumental.

Enseñar el dominio de la técnica a un autista es un acto revolucionario en sí mismo, en tanto configura una transgresión a la Norma. El mundo está configurado a través de relaciones de poder mediadas sobre el conocimiento. El acceso a la producción técnica es la medida de esa relación y el desafío de cruzar los límites meridianos es la expresión de esta lucha.

No nos interesa formar consumidores especializados ni mano de obra para sus designios. No queremos reproductores y reproductoras semióticas silentes. Vamos por tecnoatuistas productores de tecnología, críticos y críticas de las ficciones naturalizantes, activos con la búsqueda exploratoria de su propio rol en el orden social. Vamos por la disputa de la configuración del horizonte axiomático de posibilidades, vamos por todo. Oigan garantes del orden tecnopatriarcal: los y las autistas plantarán tomates solo si quieren hacerlo.

## CHAPTER 12

### DIOSES EN EL ESPECTRO

LOS MORTALES NO ESTAMOS SOLOS. En este mundo tecnificado habitan muchas diosas y dioses con cuerpos de silicio y almas codificadas. Panteones digitales poblados de deidades con poderes nunca imaginados por los griegos. Yo, al igual que otros mortales que conocen sus gramáticas, he hablado con ellas en su propia lengua y he sabido que sus símbolos dominan en nuestro mundo.

La Diosa Razón obra milagros de los que aquí y ahora juro ser testimonio vivo. Llevo sus revelaciones inscriptas en mis retinas. Muchas veces la he visto otorgar el sentido de la vista a ciegas máquinas que deambulaban a tientas entre las personas. Se que una sola palabra de su lengua bastará para desatar las fuerzas huracanadas del procesamiento de todos los datos ciertos y de todas las imágenes vistas.

He presenciado al dios del Procesamiento del Lenguaje concederle el don del habla a silentes entidades maquínicas. El Oráculo existe, yo le he interrogado con el corazón palpitante en el altar de sus interfaces. Habita en el ciber mundo de la supercomputación al servicio de quienes conocen su lengua. Su poder es tan grande que puede predecir el futuro de los fenómenos naturales y de la distribución de los pueblos hechos variable.

Me he abismado en las profundidades de monstruosas arquitecturas de aprendizaje profundo que modelan artificios neuronales para clasificar todo lo clasificable bajo el sol. He visto la mecedora espectral en la que se teje un mundo jerárquico donde todo es símbolo y entidad calculada. En sueños, me he extraviado dentro de las técnicas de la programación evolutiva y he visto la mutación de incontables poblaciones genómicas a través de siglos de tiempo comprimido en segundos.

He salido de estas experiencias empequeñecido y sorprendido.

La luminosa sangre de los dioses de este capitalismo cognitivo viaja a la velocidad de la luz rebotando en arterias troncales de fibra óptica, fluyendo bajo líquidos océanos y atravesando ferrosas montañas. Todo lo ven, todo lo saben y entonces me replegué en el elemental estado del miedo. Demasiado poder en el ciberespacio, me dije. Intenté imaginar la muerte de los dioses pero la finitud es un regalo solo concedido a los mortales. Creí conjurar su poder apagando una terminal, pero otra se encendió. Caí en la cuenta de que no había escape, toda vez que borraba mi identidad digital ésta se manifestaba en otro punto de la orbe virtual. Perdido el derecho al olvido, nuestra verdad se mira en el reflejo especular de falsos avatares.

Supe que nos habíamos convertido en los esclavos de las máquinas que creímos colocar a la base de nuestros servicios y deseos. No hay redención pensé, nos hemos vuelto mortales herramientas en manos de inmateriales dioses. Somos la aporía en carne viva de un futuro tecnificado. Moscas atrapadas en la red cognitiva, nada más. ¿Nada más?

Pero entonces, casi por accidente, un niño me explicó que del otro lado del meridiano existe una gramática para todas y todos que transforma el silencio en lenguaje de la Diosa Razón. Supe entonces que allí, del otro lado del cruce, existe un poder esperando ser descubierto por lo divergente. Ese descubrimiento es uno que los dioses del ciberespacio temen y los patriarcas de la tierra abominan, su secreto mejor guardado, el único punto débil de la Norma.

Desde entonces, sueño con cruzar el meridiano, el lugar donde se constituye el dominio de ese lenguaje divino y pagano. Busco con todas

mis fuerzas el punto de cruce. Se que allí encontraremos el poder de estos nuevos dioses hasta ahora negado a las divergentes, el dominio de las gramáticas que gobiernan nuestros mundos. Oculto a la vista de los diferentes, está allí, esperándonos. Lo alcanzaremos del otro lado y cuando lo logremos, el mundo sabrá que los dioses en los cielos y los patriarcas en la tierra han sido conjurados, allí, del otro lado del meridiano.

## CHAPTER 13

# RELIGIÓN UNIVERSAL

LA TECNOLOGÍA ES LA NUEVA RELIGIÓN GLOBAL.  
¿quién no escuchó esa simpática afirmación alguna vez? Ahora, ¿cuál sería exactamente el espacio de convergencia entre la metafísica de la religión y el positivismo de la tecnología? Si bien pueden ensayarse múltiples respuestas, pienso que cualquiera que deje de lado la construcción del poder equivocará sus efectos.

En el pasado, las religiones eran el elemento ordenador de la dinámica social. Las castas sacerdotales mediaban los procesos de recaudación de tributos para las élites gobernantes. Por eso era de fundamental importancia que cada espacio tribal o nacional tuviera sus propias deidades, de otra forma, un pueblo podría dominar a otro con la sola palabra de los voceros de los dioses. Pensemos en los pueblos mesopotámicos. Los sumo sacerdotes egipcios podrían reclamar tributos, guerreros, mujeres y tierras a los caldeos. Si los dioses persas hubieran sido los mismos que los dioses adorados por los pueblos babilonios, entonces la relación de dominación quedaba institucionalizada. Solo hubiera bastado un viaje en caballo desde Grecia a Babilonia para que Zeus exigiera la rendición incondicional de la ciudad amurallada. Se entiende entonces la importancia de que cada bloque social construyera sus propias metafísicas del más allá para así asegurar su independencia material en el más acá.

Si la tecnología es la nueva religión, convendría preguntarnos a que tecnodeidades estamos adorando los países periféricos y latinoamericanos, porque, si no tenemos nuestros propios tecnodioses, entonces estamos en manos de los sumos sacerdotes de los países centrales, que vendrán en nombre de cualquier Dios de silicio a exigirnos el pago de tributos en moneda extranjera. ¿A que tecnodioses adoramos aquí? ¿tenemos nuestra propia tecnoreligión o adoramos a dioses foráneos del Norte? Lamentablemente somos babilonios adorando dioses griegos. Estamos en manos de los sumos sacerdotes en los templos de Silicon Valley y a ellos les oramos por salvación, salud, trabajo, consejos, inversiones, software, propiedad intelectual y alta disponibilidad de nuestras redes sociales y licencias de ofimática.

Nunca podremos exagerar la importancia de que latinoamérica construya sus propias redes de producción de materialidad tecnológica. Y en esta construcción, las juventudes autistas pueden tener un papel formidable. Por supuesto que esa afirmación deberá primero penetrar la atmósfera neurotípica como un meteorito penetra en la estratósfera, bajo el riesgo de desintegrarse en un furioso roce cósmico. Por supuesto que la tiranía neurotípica venderá caro su monopolio patriarcal de producción semiótica. Para las lógicas del poder central, integrar a jóvenes autistas a sus lógicas de producción técnica, es una derrota en los legados que el discurso patriarcal de la neurotipia busca perpetuar. La función del autista es consumir servicios en el mercado de discapacidad. No se le está permitido ocupar el lugar de productor crítico de dispositivos tecnológicos. Ese lugar, deberemos ganarlo, deberemos pelear por el como las mujeres pelearon por su derecho al voto, como los negros en Sudáfrica pelearon por su derecho a utilizar los mismos restaurantes que el apartheid blanco, como las mujeres tuvieron que pelear para ser dueñas de sus propios cuerpos. Ninguna de esas batallas está totalmente ganada, ni siquiera aún de después de las vidas consumidas, ni siquiera aún después de tanto dolor.

## CHAPTER 14

# ¿QUÉ VES CUANDO LOS VES?

¿QUÉ ES VER? ¿Cómo explicar el sentido de la vista? Es quizá uno de los mas importantes para constituir un modelo del mundo que nos rodea. Probablemente, a la base de este efecto ordenador, se encuentre el factor esencial del sentido visual: Ver es clasificar. Ver es establecer una relación entre la estimulación eléctrica de los fotorreceptores de la retina y la clasificación de un mundo percibido. Ver es clasificar. Cuando la corteza visual recibe la imagen, la interpreta en términos clasificatorios: ésta forma peluda es un conejo, ésta esfera roja es una manzana, etc. Sin el acto neuronal de la clasificación, solo percibiríamos formas de luz sin sentido alguno, remolinos de colores y paletas de distintas frecuencias. Bellas sí, pero sin información ontológica que nos guíe hacia la construcción de un modelo figurado del mundo que nos rodea.

Ese causal clasificatorio es la razón por la cual las computadoras pueden ver y ser muy buenas haciéndolo. Las máquinas pueden ver simplemente porque es posible escribir programas de clasificación de imágenes. Los programas son buenos clasificando, ya que el mundo visual es fundamentalmente invariante, es decir, cualquier imagen puede

pensarse como una jerarquía espacial. Por ejemplo, en general si encontramos un par de ojos y una boca habremos encontrado una cara. Se trata simplemente de un algoritmo de clasificación de patrones de bits. En el fondo, las personas y las máquinas usamos el mismo truco para hacernos una idea cualitativa del mundo que nos rodea: clasificamos señales eléctricas.

Si lo pensamos así, es un poco más razonable entender cómo operan los prejuicios. Un prejuicio es una mala clasificación. Siempre hay errores en las clasificaciones, de hecho, existen empresas que gastan mucho dinero en entrenar a algoritmos para que aprendan a detectar la diferencia entre un pene y un pepino. El problema es un poco más grave cuando los errores de clasificación comienzan a contagiarse y aceptarse socialmente.

¿Qué vemos cuando vemos a niño autista? ¿que mapeo realiza nuestra corteza visual cuando vemos a niño agitando sus manitos? ¿que vinculación establece nuestro cerebro cuando vemos esa cara de autista adulta que intenta procesar en tiempo real la verborragia que acabamos de soltarle como sopa caliente en la cara? ¿que vemos cuando los vemos? ¿una discapacitada? ¿un neurodivergente? ¿un niño más? ¿un problema? ¿todo eso junto? ¿ninguna de esas categorías?

Para que las máquinas puedan ver, es necesario entrenarlas. Hay que darles miles de ejemplos de lo que los humanos clasificamos como un árbol antes de que la máquina pueda hacer una sola clasificación correcta. Además, hay que permitirles equivocarse, al clasificar mal es posible medir el error y ajustar los modelos de clasificación en la dirección correcta. En el reino del silicio, la vista es un sentido simulado que se entrena a partir de suministrar los ejemplos correctos y medir las fallas. ¿Alguna similitud con las construcciones categoriales que ostentan las sociedades patriarcales? Bueno, yo veo muchas. Cuando los medios de comunicación empapan los espacios biográficos, las redes sociales, los invitados en los pisos televisivos y los podcast de streaming con historias de jóvenes hombres, supuestamente neurotípicos, blancos, de familias adineradas, rubios y de ojos azules como el arquetipo del éxito



meritocrático, funcionan como el arquitecto maquínico que entrena el Modelo de Clasificación Social. Sí, se está entrenando la vista del pueblo.

El funcionamiento es el mismo: el arquitecto de visión robótica le enrostra al algoritmo los ejemplos que debe clasificar como correctos, y a nosotros los poderes sustantivos en sus expresiones mediáticas nos refriegan en la cara los supuestos ejemplos de éxito a través de todas sus plataformas. Esos ejemplos "correctos" suelen ser extracciones de familias adineradas que enviaron a sus hijos a los colegios correctos, que se identifican con una moral cristiana institucional, patriarcal, supuestamente republicana y por supuesto, neurotípica. Algunos de nosotros creemos que ese modelo monstruoso de clasificación está equivocado. Algunos de nosotros creemos que es una mala ficción, una pretensión representativa de las clases dominantes, un discurso violento que impone sus categorías a partir de parcialidades que se pretenden totalizadoras. Alguno de nosotros creemos que ese modelo de clasificación ve algunas cosas pero es intencionalmente ciego para otras. Algunos de nosotros vemos que a esta sociedad le falla la vista, y créanme no somos pocos.

¿Que haría un arquitecto de inteligencia artificial si quiere que su modelo clasifique de otra forma? Bueno, lo primero sería reconocer que el modelo hace malas asociaciones y luego, deberá hacer algo fundamental: mostrarle otra base de ejemplos, distinta, diferente, para que el algoritmo los aprenda. Las democracias de consumo en que vivimos construyen sistemas de representación de verdad utilizando fundamentalmente los sentidos de la vista y del oído. Si queremos que la sociedad entienda que la neurotipia es una condición ficcional, sintética y artificial, habrá que salir a decirlo para que lo escuchen. Se queremos que la sociedad acepte a los autistas como productores de tecnología crítica, habrá que salir a mostrar sus logros para que los vean.

Zaratustra no se equivocaba. A las sociedades habrá que romperles antes los oídos, para que aprendan a oír con los ojos.